

- Haremos de modo que nada vea.  
 —Y si pregunta algo de esta noche?  
 —¿Hay mas que decirle que lo soñó?  
 —Donosa ocurrencia!  
 —En marcha poco á poco, que ya comienza á haber luz y pronto habrá gente en la calle. ¡Cuidadito con imprudencias! El que quiera cambiar su morralla que me haga el encargo.

## XXVI.

## Suspension de pagos.

Las nueve de la mañana daban en el reloj de la casa del señor Gonzaga, cuando los dependientes salian del comedor contentos y satisfechos, como gentes que acaban de hacer un buen almuerzo y se consideran fuertes y capaces para trabajar un dia entero.

Todos habian hecho, como de costumbre, honor al almuerzo, en el que un plato de magras con tomate mereció los honores de la general repeticion.

Pero entre todas aquellas caras alegres habia una que acusaba profunda preocupacion en su dueño, y contrastaba notablemente con las demas.

Durante el almuerzo, algunas bolas de pan dirigidas con tino á la nariz del que tan preocupado se hallaba no habian podido distraerle.

—¿Qué tiene este Perico ahora?—preguntaron varias veces los dependientes del señor Gonzaga.

—Le habrá dado sus dimisorias la rubia.

—Como hoy es día de corte de caja pensará que no le alcanza el tiempo para ir á rondar sus balcones.

—Guárdate del papá, chico, que es malo como un moro.

—Ya lo creo que es malo y tonto de mas á mas. ¿A quién le ocurre tener una hija guapa y no dejar que la requiera de amores un muchacho de porvenir como este?

El jóven que era objeto de estas bromas contestaba apénas y maquinalmente con una sonrisa, y no acertaba á disimular que alguna idea grave le atormentaba.

Concluido el almuerzo, que habia sido un suplicio para él, se dirigia con sus compañeros al escritorio y seguia siendo el objeto de sus bromas.

Al llegar á la puerta del almacén se quedó atras como temiéndolo entrar, y cualquiera que le hubiese visto con alguna atención, miéntras uno de sus compañeros quitaba los candados y los cerrojos, le habria visto palidecer y temblar.

Por fin la puerta se abrió y los primeros que entraron dieron un grito de asombro que repercutió dolorosamente en el corazón de Perico:

—¡Han robado!

La caja estaba abierta y vacía; faltaba una barra en la ventana, y algunos papeles que probablemente habian guardados en la caja se hallaban regados de esta á la ventana.

La casa del señor Gonzaga era la que habia recibido la visita del Cura.

Los dependientes estaban asombrados, y todos temian dar la mala noticia á su principal.

Perico se habia desmayado, y tendido cuan largo era en el dintel de la puerta, obstruia la entrada.

El portero acudió á los gritos de los dependientes, é informado del caso corrió á dar aviso al señor Gonzaga, quien, co-

mo de costumbre, se entretenia con Mário, muy ajeno del terrible golpe que acababa de sufrir.

Sin ceremonia alguna se coló el cerbero á la habitacion del señor Gonzaga, y llorando como un niño le dijo

—Mi amo, nos han robado.

—¿Qué es lo que dices?

—Que han vaciado la caja.

—¡La caja! ¡imposible!

—Cuando yo le decia á usted, amo, que el hombre de ayer era sospechoso..... Apostaría mis dos orejas á que él es el ladrón.

El señor Gonzaga no escuchaba á su portero; bajó la escalera en dos brinco y llegó al almacén, donde por sus propios ojos se convenció de que era positiva su desgracia.

El dolor y el asombro estaban pintados en los semblantes de todos sus dependientes.

Perico, que habia vuelto en sí, veia á todos con un aire imbecil y no decia una sola palabra.

El señor Gonzaga se dirigió á la ventana, vió que faltaba una barra, pero que el marco y la puerta no estaban rotos; fué á la caja y halló las llaves en la cerradura.

No habia señal alguna de forzamiento. La reja rota era el único indicio de que los ladrones habian sido de la calle.

Una sospecha horrible cruzó por la mente del señor Gonzaga, que miró fijamente á Perico de un modo indescribible.

El cajero no pudo resistir aquella mirada investigadora y bajó los ojos.

En aquel momento, el portero, que habia ido á dar aviso á la policía, entró con algunos agentes que se informaron de lo que pasaba, y opinaron que los ladrones debian tener cómplices en la casa.

El señor Gonzaga era sin duda de la misma opinion, porque se conformó con encoger los hombros cuando los agentes le di-

ieron que vistas las circunstancias del caso se veian en la precision de aprehender á todos sus dependientes, como medida precautoria y para que declarasen lo que supiesen.

Todos los dependientes se dispusieron á seguir á los policías; Perico, retorciéndose los brazos, se desvaneció de nuevo y cayó al suelo murmurando con acento desgarrador:

—¡Yo ladron!

Aquel dia fué de conmocion general en Cádiz. En el acto circuló en la plaza la noticia de que la casa Gonzaga habia sufrido una pérdida de trescientos mil duros por causa de robo, y se veía precisada á suspender sus pagos, y no faltó, por supuesto, quien á pesar de la probidad y del buen nombre nunca desmentidos del señor Gonzaga, pusiera en duda el robo y aventurase la especie de que aquello era una estratagema para eludir los grandes compromisos contraidos por la casa, y cuyos plazos estaban á punto de cumplirse.

El señor Gonzaga se hallaba en una situacion espantosa.

Toda una vida de trabajo, de economía, de honradez, que le habia dado por fruto un nombre y una posicion envidiables, se habia perdido miserablemente. Un momento habia bastado para que sus cálculos y sus combinaciones rodasen por el suelo y para hacer del comerciante mas honrado y mas estimado de Cádiz, un desgraciado que no podia cumplir sus compromisos, un fallido á quien la sociedad señalaria con el dedo, dudando, como empezaba á dudar ya, si el robo de que habia sido víctima era real y efectivo, ó si habia sido inventado por él para dar un pretexto plausible á la falta de pago de sus deudas.

El buen anciano se paseaba de largo á largo en el almacén con ademan abatido, y sin acertar á darse perfecta cuenta de lo que le pasaba.

Sentia vacilar su razon, y varias veces le ocurrió la idea de quitarse la vida. Pero ¡Márió!—decia—y desechaba tan horrible pensamiento.

Pronto fué invadido el escritorio por multitud de personas, que unas por aprecio al señor Gonzaga y otras por curiosidad, acudian á informarse de lo que pasaba. Algunas creian sus explicaciones, otras ponian en duda la posibilidad de que tuviese en caja tan grande cantidad y en especies fáciles de trasladar á otro punto, y mas aún, que los ladrones hubieran podido verificar el robo sin ser descubiertos y sin hacer el menor ruido.

Pero lo que para todos era una verdad y mas amarga para el señor Gonzaga que para otro alguno, era la suspension de pagos.

Despues de un desfalco semejante, la suspension de pagos equivalia á la bancarota, y para el mundo comercial era una catástrofe verdadera que casa de tal importancia se viera obligada á apelar á tan triste recurso.